



“España, según nos dicen, ya no es católica: España es laica. Eso es mentira. No existe lo laico. Frente al problema dramático y profundo de todos los hombres ante los misterios eternos no se nos puede contestar con evasivas. Contesta esas preguntas la voz de Dios, o contesta la voz satánica del antidiós, aunque sea disfrazada con la sonrisa hipócrita de don Fernando de los Ríos.”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 336 (2ª Época). Septiembre 2020

EN ESTE NÚMERO:

1. **Pablo Neruda y Leopoldo Panero** *José María García de Tuñón Aza*
2. **Un valor llamado España.** *Manuel Parra Celaya*
3. **Moderación & tibieza.** *Carlos León Roch*
4. **El estilo de una despedida.** *José María Ramírez Asencio*
5. **Zatoro, la cárcel, el sueño, el desafío.** *José Manuel Cansino Muñoz-Repiso*
6. **Lo Imprevisto.** *Enrique de Aguinaga*
7. **Mi amigo republicano.** *Jesús Lainz*
8. **Otros tiempos.** *Miguel Ángel Loma*
9. **El exilio de un rey.** *Pío Moa*
10. **El proyecto imperial de Montero Díaz.** *Fernando García de Cortazar*

Cuando José Antonio pronunció aquellas palabras que decían: «¡Ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete», no eran, precisamente, palabras vacías ni faltas de contenido porque no pasaría demasiado tiempo sin que un poeta español, Leopoldo Panero, frente al Canto general que escribió el poeta chileno Pablo Neruda, alzaría el poeta joseantoniano, su Canto personal expresando así el sentir y el pensar de un grupo de poetas afines a una generación a la que ellos pertenecían y que había quedado en España «entre las encinas y los surcos».

Hay un momento en que Pablo Neruda, nacido en Parral, al sur de Chile, el 12 de julio de 1904, en su Canto general dedica un poema «a Miguel Hernández asesinado (sic) en los presidios de España». Es el siguiente, poema el que, muy probablemente hizo perder la calma al poeta español:

No estoy solo desde que has muerto. Estoy con los que te buscan..

Estoy con los que un día llegarán a vengarte.

*Tú reconocerás mis pasos entre aquellos
que se despeñarán sobre el peso de España
aplastando a Caín para que nos devuelva
los rostros enterrados*

Que sepan los que te mataron que pagarán con sangre.

*Que sepan los que te dieron tormento que me verán
un día.*

*Que sepan los malditos que hoy incluyen tu nombre
en sus libros, los Dámasos, los Gerardos, los hijos
de perra, silenciosos cómplices del verdugo,
que no será borrado tu martirio, y tu muerte
caerá sobre toda su luna de cobardes.*

*Y a los que te negaron en su laurel podrido,
en tierra americana, el espacio que cubres
con tu fluvial corona de rayo desangrado,
déjame darles yo el desdeñosos olvido
porque a mí me quisieron mutilar con tu ausencia.*

Leopoldo Panero lee la ofensa y el insulto de Pablo Neruda a sus amigos Dámaso Alonso y Gerardo Diego y desea salir en su defensa: Tus insultos de perra son tu anillo / de Judas, agarrado a tu pescuezo. También porque, en palabras de Dionisio Ridruejo, todo el poema de Neruda es un insulto a España y que queda reflejado, a



título de ejemplo, en estos versos: España entró hasta el Sur del Mundo. Agobiados / exploraron la nieve los altos españoles. / El Bío Bío, grave río, / le dijo a España: «Detente»... Así pues, un Martes Santo, 31 de marzo de 1953, marchó Panero a pasar la Semana Santa a su casa de Castrillo, en la provincia de León. La idea de contestar a Neruda le dominaba y se sintió moralmente obligado a hacerlo. Además, tenía la completa seguridad que si el propio Miguel Hernández hubiera vivido habría sido él quien escribiera una carta análoga al poeta chileno de palabra española. En los ocho días que permaneció en Castrillo, compuso la mayor parte del poema, con

principio y con final: «podría decirse que era una versión reducida del texto publicado, pero sin que faltase nada esencial» A su regreso a la capital de España es en el bar de nombre exótico Ombú donde Leopoldo Panero sigue escribiendo el poema grande, fluyente y estremecedor que finalizaría a últimos de mayo, en el tiempo pues, en que las acacias han tardado en abrir completamente sus hojas esta primavera, como muy bien nos repite Dionisio Ridruejo.

*¡Es tan fácil saber de dónde mana
la rabia de la voz, que cuando hablo
es como si vibrara una campana*

*interior y profunda! Pablo, Pablo,
ni un obrero te escucha o se despierta
dormido entre la rosa y el establo.*

*Como el dolor que en el dolor se injerta,
una guerra es a muerte, y sin rescate;
mas florece a través la sangre yerta.*

Una guerra es un íntimo combate,

*y no una voluntad a sangre fría:
donde cae Federico, el agua late;*

*donde cayó un millón la tierra es mía.
unos caen, otros quedan, nadie dura;
y tan sólo el Alcázar no caía.*

Sin embargo, para el poeta Carlos Bousoño en el Canto personal de Panero se halla lo peor de este poeta, aunque al mismo tiempo reconoce que tiene algunos fragmentos excelentes «que yo pondría sin vacilación en una exigentísima antología de su obra», termina diciendo el poeta asturiano. Pero cuando Panero escribió su Canto personal en contestación al Canto general de Pablo Neruda, separados en

aquellos momentos por inmensos espacios, no estaba pensando solamente en escribir la poesía que él sabía escribir sino que quería salir al paso de la ofensa que el poeta chileno hacía a España y a sus amigos Dámaso Alonso y Gerardo Diego.



A la histeria antiespañola de Neruda, opone Panero una caritativa hidalguía, que no le impide alzar la voz cuando el caso lo requiere. De todas las maneras, Pablo Neruda entregó un carta, fechada en la capital de Francia el 27 de septiembre de 1957, a Ángela Figuera Aymerich, escritora española, considerada como una de las principales figuras de la denominada poesía de la Primera Generación de la Postguerra española. Era una carta abierta que comenzaba diciendo: «Queridos poetas españoles, aquí me tienen muy cerca de la tierra española y lleno de sufrimiento por no verla y tocarla...» .

En otra entrevista, años más tarde, con Antonio Colinas, poeta, ensayista y novelista, Premio Nacional de Literatura en 1982, vuelve a hablar de su relación con España, mostrándose dolido de que algunos poetas españoles, como el propio Panero, Ridruejo y Rosales le hubieran acusado de antiespañol: «¿Qué puedo yo decir de España, de sus hombres, de sus tierras? España es una parte muy importante de mi vida: un parte extraordinariamente grave, profunda y decisiva en mi historia personal...».

Para el escritor cubano Gastón Baquero, Pablo Neruda fue un grandísimo poeta, pero Neruda ha muerto, como poeta, a manos del Neruda político. Según el mismo escritor, Neruda no hace otra cosa que seguir la consigna que le marca el comunismo que le tiene por uno de sus voceadores. Por otro lado, Baquero condena Canto general, libro que demuestra sin lugar a duda que Neruda se vació y quedó muerto después de su gran parto. Fue para el cubano un libro indignante no sólo por la enorme cantidad de tonterías que dice, sino por el desprecio a la inteligencia del lector que supone decirles en esa forma. «Pero hubo particularmente una voz, la de Leopoldo Panero, que ofreció a la América y a España un espectáculo maravilloso: el de producirse en gran poeta y en gran cristiano al responder a Neruda».

Así, pues, la voz de Panero, sincera, recia y vigorosa; que escribió una carta de hermano, que se duele con el hermano de la mentira brutal: opone caridad al odio, y opone verdad al amaño de la propaganda. Con su contestación Leopoldo Panero «se coloca definitivamente en el sitio que le corresponde en la poesía española». Y enfrente de la poesía que destruye.

2

Un valor llamado España

Manuel Parra Celaya

Se ha convertido en una moneda de uso corriente, en un tópico, hablar de la crisis de valores o, más académicamente, del vacío axiológico de la sociedad actual, socavada por las corrientes materialistas, relativistas y nihilistas. Pero los tópicos se apoyan muchas veces en datos reales y, en esta caso, muchos advertimos la evidencia de esta crisis o vacío.

Sabemos que los valores forman una trilogía esencial junto a las ideas y las creencias; estas se refieren generalmente a cuestiones de fe -aquellas que no entran en el campo de la experimentación- y se concretan por definición en lo religioso; las ideas, por su parte, son los conceptos que tenemos, elevados a propuestas concretas. Los valores se entienden como cualidades reales o ideales, deseadas o deseables por su bondad, que orientan la vida humana. En efecto, la libertad del hombre la lleva a estimar, rechazar o ignorar estas cualidades; en el primer caso, es que representan algo que para él vale. Precisemos también que un valor es la cualidad de una cosa, no la cosa misma, a la que llamamos bien.

Todo esto viene a cuento porque uno entiende que España, además de ser un bien (y aquí valoraríamos su geografía, su clima, su economía, su cultura, sus habitantes...) es un valor por sí misma, algo que puede ser apreciado o no.

Unos la rechazan taxativamente y se niegan a considerarse españoles; otros, de hecho todas las opciones políticas no definidas estrictamente por su separatismo,



entienden que España es solo un bien: la derecha tradicional prioriza su historia; la derecha liberal, la economía y sus posibilidades; la izquierda se centra en lo sociológico (La patria es la gente, dijo Pablo Iglesias), y otros muchos se sienten naturalmente españoles, aunque no ejerzan,

como decía un viejo chiste. Es importante que demos un paso más y valoremos a España por sí misma, aunque ello suponga el esfuerzo de adentrarnos en los senderos de la metafísica.

Siguiendo con la Teoría de los Valores, se llama altura de los mismos a la categoría que supuestamente ocupa un valor en determinada escala (Scheler). ¿Dónde situaríamos a España como valor? Indudablemente, por debajo de los valores de fe religiosa, ya que esta se refiere a la trascendencia; pero interrelacionada y sustentada por los valores éticos, los sociales, los cívicos..., es decir, los que integran una posible interpretación española de la vida.

Además de la altura, tenemos que considerar la fuerza de ese valor (Hartmann), es decir, su grado de exigencia para el que lo tiene; en este punto y siguiendo al autor citado, no podemos obviar lo que él llama la tiranía de los valores. Esta tiranía consiste en un valor puede eclipsar a otros; no es el caso de España en nuestra interpretación, pues ya hemos dicho que se sustenta en otros varios, como la justicia, la armonía, la libertad, la civilidad... Los nacionalismos sí incurren en esta tiranía, ya que sacralizan lo que ellos consideran su nación, y todo queda subordinado a este ídolo; tenemos, dentro de la Piel de Toro, ejemplos sobrados de cómo esa sacralización pone en segundo o tercer lugar la fe religiosa, la dignidad humana, la familia, etc.

Descartada esta tiranía (propia de los llamados soberanismos), y aceptada la estimación de España como valor, además de como bien, consideremos su grado de popularidad, es decir, su extensión entre los actuales españoles; porque resulta que los

valores, en general, pueden percibirse o no, según la época, los influjos exteriores, las presiones, la moda...

Estaremos de acuerdo en que nuestra época no ha sido propicia a este reconocimiento de España como valor; hasta el propio término que lo designa ha sido ocultado o sustituido por una palabra genérica y anodina (país), por una dimensión jurídico-política (Estado español, Constitución española) o, más sencillamente, no mencionándolo. Esto ha sido responsabilidad del Sistema y, aun, del propio Régimen en vigor.

Se ha llegado a tal punto que una expresión que sería común en otras latitudes y que entra de lleno en lo axiológico (amar a España, es decir estimarla como valor) suele encontrar enfrente actitudes irónicas o refractarias. La educación ha seguido la moda y, como dice Gregorio Luri, en España no existe ninguna pedagogía del patriotismo. Esas cosas dan vergüenza a nuestros pedagogos.

Pero -y ahí radica nuestra esperanza y nuestro empeño- los valores pueden reconocerse si varían los contextos que obligaban a la ceguera estimativa ante los mismos. Puede darse, por tanto, un gran salto para llenar ese vacío axiológico de la españolidad, porque las circunstancias -en cuya descripción ahora no entraremos- son propicias para ello.

Y, por encima de los bienes que se concretan en España -entre ellos, las instituciones, los marcos legislativos y la situación económica urgente- se puede volver a considerar a España como valor. En mucha medida, en este re-conocimiento tendrán un papel más destacado las familias y el resto de educadores, cuando sean capaces de superar esa vergüenza, que los políticos.

3

Moderación & tibieza

Carlos León Roch

Uno de los principios de la convivencia, aceptados por casi todos, es la moderación, que no es otra cosa que la sensatez, la templanza en nuestro comportamiento personal, social y político. Viene esto a cuento del reciente cese de Álvarez de Toledo en su cargo en las Cortes Españolas, acusada, precisamente, de *falta de moderación*, de estar en las trincheras..."

Muchos hemos ido recorriendo la moderación de ese partido de derechas, o de centro-derecha, o liberal, o cristiano-demócrata o también, ahora socialdemócrata

(¡con todas las puertas abiertas! que empezó con aquel “Alianza Popular”, el de los “7 magníficos”, todos brillantes exministros de Franco ¿recuerdan? Su fracaso electoral, ante las manos escurridizas y húmedas de otros exministros de Franco (la UCD) , provocó su disolución. Pero aquellos no eran nada tibios, sino que querían trasladar lo



bueno del pasado a la esperanza del futuro. Eran moderados, pero no tibios, porque habían aprendido de pequeños, aquello del Evangelio “Arrojaré de mi boca a los tibios” .Muchos joseantonianos estuvimos allí.

También muchos de nosotros hemos contemplado la “travesía” del desierto” de tantas de aquellas buenas gentes, en varios partidos, hasta llegar al actual PP, donde conviven - es un decir- las diversas “sensibilidades” que lo componen en la actualidad, tan alejadas de las de aquellos “7 magníficos”. Porque ahora el PP no se esfuerza en mantener, exaltar y cultivar la moderación -que tantas adhesiones suscitó- sino, impelido por sus grandes contradicciones y por el desmesurado e impaciente afán de poder político, se aferra a la “firme” defensa de la tibieza, como bien superior. ¿Cómo si no puede entenderse que pese a sus creencias, puedan seguir admitiendo (¡y pagando allá donde gobiernan!), ese crimen abominable del aborto ante el que parece que se conforman con que sean destruidos 80.000 No nacidos en vez de los 100.000 de cada año? Y ¿como pueden seguir admitiendo, tolerando, esa aberración de la LGTBI...en periodo de extenderse a otras “sensibilidades” sexuales como el incesto o la zoofilia, ante lo que solo se les ocurre tratar de que en los “matrimonios” *antinatural*, no se permita adoptar hijos...

¿Cómo pueden mantener este monstruoso tinglado de duplicados y triplicados, Servicios Públicos, ni esas retribuciones a ingentes legiones de políticos y asesores... Y defender el indefendible Estado de las Autonomías, en su ruinosa concepción actual. Muchos, desde luego, ya arrojamos de nuestra boca a los tibios.

4

El estilo de una despedida

José M^a Ramirez Asencio

Según nos dejó escrito José Antonio Primo de Rivera en un artículo que redactó poco antes del comienzo de nuestra guerra civil: “cuidar el estilo fue nuestra permanente preocupación”. No cabe duda que él dio ejemplo de estilo en su corta pero fecunda existencia y de ello nos dejó innumerables pruebas escritas, tanto en sus

discursos, arengas y artículos como, y a ello me quiero referir en estas líneas, en el más privado e íntimo género epistolar.

Como decía su amigo, compañero en la Universidad (los dos estudiaron juntos Derecho), además de fiel seguidor, Felipe Ximénez de Sandoval, en el prólogo a la quinta edición de su “Biografía apasionada”: “tanto en las alegres escritas a sus amigos y parientes -como, por ejemplo, las deliciosas a su tía Carmen, la monja- como en la docena de conmovedoras despedidas redactadas en vísperas de su muerte en la



celda de la Prisión Provincial alicantina, resplandece la galanura que nunca desertó de su pluma. Hay en ellas frases y párrafos de una belleza y una altura moral que igualan a su autor con los mejores escritores de nuestro idioma”.

Ese diecinueve de noviembre de 1936 José Antonio se puso a la triste y dramática tarea de escribir algunas breves cartas de despedida a sus hermanos, familia y unos pocos de sus amigos y fieles colaboradores ante la inminencia de la ejecución de la sentencia que lo condenaba a muerte.

Y en esos terribles momentos, imagínense los que esto leen en situación semejante, José Antonio, como hizo en toda su breve trayectoria vital, hace gala de un valor, de una gallardía, de una elegancia y una templanza que nos provocan a los que nos acercamos a estas cartas o a esa magnífica pieza literaria que es su testamento vital, un inmenso asombro. De todo ello y de un estilo, el estilo joseantoniano de vivir y morir, que comenzó con su creador y, podríamos decir, murió con él.

No importa desde que ideología política se acometa la lectura curiosa de estos breves escritos. Saber que al que los dictaba le restaban apenas unas horas de vida no puede dejar de producir en el interior del que, sin ignorantes prejuicios, lo hace, una tremenda admiración hacia no solo el político, sino la persona que ahí se muestra, el ser humano que reflejan esas pocas palabras. El soñador voluntarioso y, al tiempo, hombre de acción, que José Antonio fue en sus cortos treinta y tres años de paso por esta vida terrenal.

Y no solo por esa muestra de generosidad, perdón a sus enemigos y conciliación que constituyen esas palabras inmortales que figuran en su testamento... ¿Quién con buena fe, dejando aparte, como digo, ideas políticas contrarias, no las suscribiría?

”Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia...”

Pero también en algunas de esas cartas, las más sentidas, en las que hay una mezcla, como también dice Felipe Ximénez de Sandoval en ese prólogo ya citado a su biografía de José Antonio, de muchas de las virtudes que lo adornaban, “resplandece la galanura que nunca desertó de su pluma. Hay en ellas frases y párrafos de una belleza y una altura moral que igualan a su autor con los mejores escritores de nuestro idioma...”.

El estilo joseantoniano... En ese artículo que citaba al principio, escrito pocos meses antes de su ejecución, en abril de 1936, y al que puso por nombre “El ruido y el estilo”, cuya publicación en “Informaciones” fue prohibida por la censura imperante en aquel momento, y que finalmente apareció, finalizada la contienda civil, el 6 de Enero de 1940 en el diario “Baleares”, decía José Antonio hablando de los imitadores y, como él denomina, “galanteadores” que a la Falange por el alumbrada le iban surgiendo: “Todo eso hace que a la Falange le suene la palabrería de sus pretendientes como un lenguaje extraño y sospechoso. Lo que entre nosotros se comunica en media palabra queda oscurecido en torrentes de vocablos ajenos. Ese estilo de los recién llegados se denuncia a la legua, por lo mismo que cuidar el estilo fue nuestra permanente preocupación”.

Pues en esas horas últimas de su vida conserva José Antonio íntegro ese estilo que él quiso infundir a su creación, a la Falange Española, e insuflar a los que con él se embarcaron en el ilusionante proyecto de hacer más grande a España porque, también en sus propias palabras: “Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman su patria porque les gusta la aman con voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con voluntad de perfección”.

En una de esas emotivas y emocionantes, en muchos casos, cartas de despedida final, la dirigida a través de su cuñada Margot Larios que, a la sazón, estaba recluida

en el reformatorio para adultos del mismo Alicante en cuya prisión provincial estaba el encarcelado, a su íntimo Rafael Sánchez Mazas, tenemos una impagable muestra de todo lo hasta ahora apuntado. Y quiero transcribirla en su integridad, porque es un reflejo fiel de todo lo que constituyó el carácter de José Antonio. Su generosidad, su nada fingida modestia ajena a toda presuntuosidad, su fina ironía incluso en aquellas horas desesperadas, su culto a la amistad y, por encima de todas las cosas, quizá, su religiosidad y su fe inquebrantables.

“Querido Rafael:

Voy a escribir muy pocas cartas, pero una ha de ser a ti. Desde que nos separamos quedó cortada nuestra comunicación, ya que, aunque recibí cartas tuyas, creo que no logré hacer llegar a tus manos ninguna de las dos que te escribí. Sirva ésta para anudar ese cabo suelto y para dejarlo ya anudado hasta la eternidad. Perdóname – como me tenéis que perdonar cuantos me conocisteis– lo insufrible de mi carácter. Ahora lo repaso en mi memoria con tan clara serenidad que, te lo aseguro, creo que si aún Dios me evitara el morir sería en adelante bien distinto. ¡Qué razón la tuya al reprender con inteligente acierto mi dura actitud irónica ante casi todo lo de la vidas! Para purgarme quizá se me haya destinado esta muerte en la que no cabe la ironía. La fanfarronada sí, pero en esa no caeré. Te confieso que me horripila morir fulminado por el trallazo de las balas, bajo el sol triste de los fusilamientos, frente a caras desconocidas y haciendo una macabra pirueta. Quisiera haber muerto despacio, en casa y cama propias, rodeado de caras familiares y respirando un aroma religioso de sacramentos y recomendaciones de alma, es decir, con todo el rito y la ternura de la muerte tradicional. Pero ésta no se elige: Dios, quizá quiera que acabe de otro modo. El acoja mi alma (que ayer preparé con una buena confesión) y me sostenga para que la decorosa resignación con que muera no desdiga junto al sacrificio de tantas muertes frescas y generosas como tú y yo hemos conmemorado juntos. Abraza a nuestros amigos de las largas tertulias de la Ballena, empezando por el tan querido canciller don Pedro Mourlane. Dos abrazos especiales para José María Ayaro y Eugenio Montes, a quienes no sé si podré escribir, pero a quienes recuerdo de todo corazón. Y que a ti, a Liliana y a tus hijos os dé Dios las mejores cosas.

Un fuerte abrazo, Rafael.”

Un día antes de lo que el escritor e investigador José María Zavala describe en su libro “Las últimas horas de José Antonio” como “la carnicería perpetrada en aquel maldito patio número 5, el de la Enfermería” y “uno de los episodios más deleznable de la reciente historia de España; de no haberse producido, sin duda el rumbo de la misma hubiera sido otro...”, en la cárcel de Alicante, tras ser denegado el indulto por el auditor nombrado en el Ministerio de la Guerra, debido a las infames presiones de Largo Caballero, un hombre íntegro e idealista pero también consciente de la realidad, al tiempo que confiado en que le esperaba otra vida mejor que los pocos años que



había consagrado a una empresa sin parangón, España, escribía, en la soledad de su confinamiento, unas pocas cartas que son una demostración impagable al mundo del bien morir. Con dignidad y con honor. Con una elegancia vital sin medida.

Otra de esas cartas, que nunca llegó a leer su destinatario, es la que le escribió a su incansable y leal escudero, cofundador con él de la Falange primera, el pionero de la aviación que junto al hermano de Francisco Franco, el comandante Ramón Franco, tripuló el vuelo “Plus Ultra” en 1926, Julio Ruiz de Alda.

José Antonio ignoraba que Julio había sido asesinado meses antes, el veintitrés de Agosto de 1936, apenas un mes después de iniciada la guerra civil, en la matanza de la Cárcel Modelo de Madrid, y le había precedido en la gloria de la vida eterna.

Y así, le decía a su amigo, confiado:

“Querido Julio:

Por si se ejecuta la sentencia que anteayer dictaron contra mí, haz el favor de aceptar el encargo de decir adiós en mi nombre a todos los camaradas. A aquellos a los que he estado personalmente unido, por haber estado juntos en prisión, por los cargos o por cualquier circunstancia, diles de manera especial cómo los recuerdo y cómo los entresaca el hecho de recordarlos tú. Y para ti, quédate con un fuerte abrazo.

Espero la muerte sin desesperación, pero ya te figurarás que sin gusto; creo que aún podría ser útil mi vida, y pido a Dios que se me conserve. Si El lo dispone de otra manera, moriré confortado con el ejemplo de tantos que cayeron más jóvenes que yo y más humildes y silenciosamente.

Perdonadme todos, y tú de manera especial, lo que a veces os haya podido herir con las espinas de mi carácter. Mis hermanos te explicarán el laconismo de esta carta y se consolarán recordándome en tu compañía y en la de tantos con quienes nuestras vidas han corrido en los últimos años mezcladas. Dios os ilumine a todos y os mantenga unidos.

Para Amelia y tu chico, mis mejores deseos. Y para ti, de nuevo, un abrazo.”

Elegancia vital... camaradería, amistad, modestia, austeridad, el laconismo que él mismo anunció en el histórico e inolvidable discurso fundacional de Falange en el Teatro de la Comedia... “Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente, gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo...”.

Honor, dignidad, fe sin límites ni dudas... y una suprema templanza.

Todas los atributos, y tantos otros, que hacen de José Antonio un hombre único e irrepetible.

5

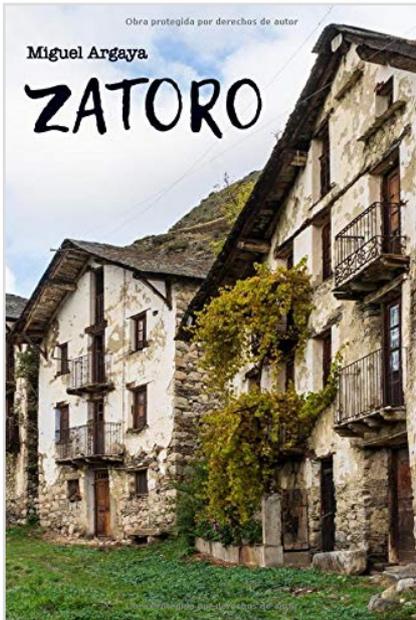
Zatoro, la cárcel, el sueño, el desafío

José Manuel Cansino Muñoz-Repiso

Tres libros (presentación, nudo y desenlace) y un epílogo que se espera desde el principio sirven de arquitectura sencilla pero recia para el debut novelesco de Miguel Argaya (Valencia, 1960). El consagrado poeta (premio Rey Juan Carlos y premio Luys Santamarina) elige un cuadrilátero pugilístico para debutar con una novela que le susurra al lector que ¡habrá gresca! Lo hace en “Los cuentos de Carlos”, uno de los tres relatos cortos que se asoman por las 442 páginas de las que no sobran ni las solapas (tampoco las tiene).

Zatoro es una elegía a la justicia; “lo que importa no es vivir, sino vivir justamente”, al menos a una concepción de la justicia anudada en el valor de la palabra, la estigmatización de toda vida fuera del pueblo y la reprobación del salario como fórmula de pago por el sudor humano. Reprobación que hay que buscar en Severino Aznar y su “La abolición del salariado”.

Argaya trae al pueblo de Zatoro a Rebeca Trigueros en un microbús sin wifi ni asientos reclinables. La joven viene con una navaja bien empalmada para ajustar cuentas con todos sus paisanos hasta sacar los higadillos a sus propios padres. Al poco de echar el pie a los guijarros de la plaza va a buscar su extramundo en los anaqueles de la Señorita Sara y lo que se encuentra es a una enjuta maestra que le suelta una somanta de sopapos a Nietzsche que apenas pasaba por allí.



Aún con el vestido salpicado con la sangre del filósofo alemán, Rebeca comienza la novela y con ella evoluciona la hoja de su navaja. Zatoro fue refundado por el presbítero Salvador Gorrión gracias a un golpe de fortuna que decidió no llevarse a Suiza sino poner al servicio del cumplimiento de una Norma fundamental (la carta de refundación de la villa). La redacción de la carta no debe escapar al lector avezado por cuanto tiene de autorretrato. Tradición y revolución debieron escribir con brocha en algún muro conforme se redactaba aquel compendio que aprisionaría o liberaría a los habitantes según se mire.

Carlos Quisque vino a la novela a enmendar la navaja a Rebeca pero venía ya sangrado de casa. Allí se reencontró con apellidos sacados del realismo mágico, Okembe, y se puso a contemplar cómo las unidades naturales de convivencia decidían sobre su trabajo de vigilante nocturno de los pupitres de la Señorita Sara; por cierto que decidían también sobre su salario.

Zatoro no es un gueto y por eso tiene que abordar las cuestiones de frontera con otros pueblos. Son esas cuestiones de frontera las que llevan al cuadrilátero de la novela propiedades y rentas de los enemigos de la pureza zatoreña. Cuestiones que asestan otra puñalada en este caso a los huesos de Don Carlos cuando se afirma “un alquiler es siempre, necesariamente, una plusvalía”. Pero Don Carlos llevaba muerto 137 años así que no debió resentirse.

Si al lector aún no le es suficiente la propuesta de Xerón, La noche de N. y Los cuentos de Carlos (los tres relatos cortos de la obra) más la propia novela, aún la generosidad de Miguel Argaya le regalará el ensayo teatral “La cueva de Luis Candelas”. Y es que en Zatoro escribe hasta Don Javier, el cura unamuniano a quien rescata el obispo de otra navaja, en este caso espiritual, que merodeaba por su gazzate.

Comparta un poco de su intimidad con Jeff Bezos, regístrese en Amazon y encargue esta novela impresa en Polonia –el extramundo visto desde Zatoro-. Luego, disfrute de la novela y, cuando alcance el epílogo póngase la película “Surcos” de José Antonio Nieves Conde. Dos broches finales con analogías.

Zatoro.

Autor: Miguel Argaya Roca

Autoedición: 2020. 435 páginas.

6

Lo Imprevisto

Enrique de Aguinaga para ABC

Van a ser las ocho. Tengo que levantarme.

Si estuviera en el orden de las conjeturas, lo imprevisto dejaría de serlo. Todo imprevisto es posible si no se conjetura. Lo imprevisto nos sorprende radicalmente. ¿Quién nos lo iba a decir? Pura simplicidad.

“Llega lo inesperado y malogra todo lo pensado” es un refrán de la colección de Rodríguez Marín. Evidentemente, lo imprevisto es lo no previsto (Real Academia Española). Así, tradicionalmente, tiene una índole negativa, interrumpe una realidad más o menos consolidada, más o menos propuesta.

“El hombre propone y Dios dispone” (número 34.105 del “Refranero general. Ideológico español” de Martínez Kleiser). Tengo una experiencia personal. Con algún fundamento, en la adolescencia, mi padre me programó con todo detalle para un futuro venturoso; pero, en pleno proceso, irrumpió lo imprevisto: la guerra de 1936 y, con ella, la catástrofe familiar y el hundimiento del programa.

Ahora, lo imprevisto es la pandemia de coronavirus que afecta al mundo entero en trance de globalización. Ya anciano, pienso que mi mundo se parecía bastante al mundo de mis padres, en tanto que apenas se parece al mundo de mis nietos Dejo a

mis bisnietos en paz y, por ende, dejo a la tecnología en paz. Me refiero a los valores, me refiero a las costumbres, me refiero a la mentalidad, me refiero al sentido de la existencia.

Hablo, según voy leyendo periódicos o viendo televisiones, ya que, como cualquier, no tengo más ciencia particular. Y percibo tres perspectivas: la sanitaria, la económica y la trascendental. En todas las arengas se dice que, a más o menos largo plazo, a mayor o menor coste, el virus será vencido en la batalla que ya tiene sus héroes y sus víctimas. Menos optimista es el balance sobre la recuperación económica en la huella profunda y complicada que dejará la operación. Siempre, por supuesto, según lo que veo, según lo que oigo, ya que esta para mi es asignatura pendiente y (al insigne Juan Velarde pongo por testigo) no se ni quiero saber para qué sirve la Bolsa que sube y baja.

¿Tiene esta situación un sentido trascendental? Voces magistrales ya han sonado. Monseñor Munilla, obispo de San Sebastián, lo ha reflexionado con un curioso análisis: aquellos duros tiempos de la guerra y la postguerra alumbraron personas fuertes, generadoras de buenos tiempos, que, a su vez, alumbraron el



bienestar en que con su facilidad crecieron personas más débiles. “Los valores básicos en los que se ha sentado nuestra generación se han puesto en el solfa” afirma Munilla. “¿Que tendrá que ocurrir para que, ahora, estos tiempos difíciles den de nuevo a luz personas fuertes, como antaño? ¿Acaso este virus forme parte de una Providencia en la que estemos llamados a renacer?” Todos esperamos, con ansiedad e impaciencia, el fin

de la pandemia y, con este final, la vuelta a la normalidad. Pero, en orden trascendental, ¿se puede considerar normalidad positiva lo interrumpido por el virus? Philippe de Villiers, desde su confinamiento francés, analiza el profundo significado de la crisis del coronavirus, que a su juicio marca el final de la “globalización feliz” y del llamado “nuevo mundo”. Sin descender a pormenores políticos, puede apreciarse que nuestra sorprendida normalidad, en términos generales, encaja en la idea que vulgarmente se define como “tener a Dios agarrado por las orejas”. Que somos como dioses, que lo sabemos todo, que lo tenemos todo.

Si se consiente la humorada, aquí cada cual hace lo que le da la gana, eso sí, dentro de la mayor disciplina, propietarios de nosotros mismos, de la Razón, de la Justicia, de la Verdad y, ¿cómo no?, de la democracia formalista y sacralizada, indiferentes ante las tres maravillas de las maravillas: el Universo, la Naturaleza y el Cuerpo Humano. ¿Cómo encajar aquí la admonición de San Pablo: “No nos pertenecemos” (Cor. I, 6.19)? ¿O su optimista: “Omnia in bonum” (Rom. 6.18)? Y, por si fuera poco, el Bien y el Mal, en coexistencia.

La gran paradoja es que estamos reclusos en el seno de la unidad familiar, como de vuelta al seno materno, de nuevo en el útero, porque ha sobrevenido una microscopía que ha parado, sin calendario, los relojes del mundo entero, del mundo entero, repito ¿Cuándo termine, saldremos a la calle como si nada hubiera pasado? ¿No será un fin de ciclo? Responde Juan Eslava Galán, en “ABC” (21 de marzo): “Sin duda estamos viviendo una experiencia excepcional, histórica. Cuando todo esto pase, que pasará, creo que sería bastante inteligente que la Humanidad –quienes mandan sobre ella– se planteen que no todo vale y que quizá la naturaleza nos está avisando de forma clamorosa para que cambiemos de vida”.

También en “ABC”, el mismo día, Andrés Ibáñez escribe: “Todavía no sabemos cuánto durará la pandemia, ni qué efectos tendrá en nuestra vida y en nuestra sociedad. Habrá una crisis económica y muchas cosas cambiarán. Nada volverá a ser igual. Ha habido muchas pandemias a lo largo de la Historia, pero esto que estamos viviendo y de la manera que lo estamos viviendo, no había sucedido jamás. No es el fin del mundo, desde luego, pero sí el fin de una época y el comienzo de otra. Que somos un único pueblo, una única familia en este planeta, con muchas razas y lenguas, pero un mismo destino y que solo ayudándonos unos a otros podremos sobrevivir, es lo único que está claro en estos momentos de miedo y confusión”

Ibáñez añade un matiz que subrayo y cotejo: “Todo lo demás está suspenso y en entredicho. Todo lo demás escapa a la especulación, a la filosofía, a la interpretación. Inútil preguntarse qué “significa” lo que nos sucede, porque las enfermedades no significan nada. Esta pandemia no tiene ningún “sentido” que debemos comprender ni es un mensaje ni un castigo. Se trata simplemente de un problema que debemos resolver. Pero nos situará en un mundo distinto. Ojalá estemos a la altura”

Curándome en salud, subrayo mi actitud personal. Más que argumentos, documentos, presentación de testimonios y sugerencias. Según Corominas, el termino sugerir (1685, Alcázar) viene de suggèrere y significa llevar por debajo. Por supuesto, no puedo ni quiero prescindir de mi propia índole de niño de la guerra que estará conmigo hasta la muerte. Así, aquí estoy, dispuesto al nuevo día, pensando en Manolis, pensando en mis hijos, pensando en mis nietos, pensando en mis bisnietos: “Mi descendencia, mi trascendencia”

Antes de empezar, antes de reanudar el día, mi mente doméstica, hélice que no para, me devuelve dos fotografías coetáneas de mi álbum mozo (1939 y 1942): anarquistas barceloneses gritando “Mi patria es el Mundo. Mi familia, la Humanidad” y estudiantes compostelanos montando en la plaza Mayor de Orense un auto sacramental, “A Dios por razón de Estado”. Mi padre, en la fosa común, en Montjuich; y mis dos hermanos mayores, combatientes enfrentados en la guerra, juntos en la misma caja del cementerio de Ceaes (Gijón).

Van a ser las ocho. Tengo que salir al balcón.

7

Mi amigo republicano

Jesús Laínz para Libertad Digital

Yo tengo un amigo republicano. Tan buen amigo que solemos regar nuestras tertulias con güisqui del bueno e incluso nos prestamos mutuamente los libros, esas cosas que han de prestarse todavía menos que las novias. Y tan republicano que lleva a sus espaldas noventa y nueve años de republicanismo, ni uno más ni uno menos.

A mi amigo, a republicano no le gana nadie. Porque cuando Alfonso XIII salió corriendo mi amigo tenía diez tiernos añitos y su padre, viejo republicano que le había contagiado la alergia a unos Borbones a los que acusaba de la artrosis de España, salió con él a la calle a llorar de alegría aquel 14 de abril. Mi amigo suele contarme, con una chispa de nostalgia en la mirada, lo que significó para él aquella primavera republicana:

–Sólo hubo un día en mi vida en el que sintiera una euforia política más grande que aquel 14 de abril del 31: el 18 de julio del 36.

No se me altere, impaciente lector, que ahora mismo le explica mi amigo esta paradoja:

–¡Qué poco nos duró la alegría! Porque si los Borbones habían sido una tropa de inútiles al menos desde el canalla de Fernando VII, los republicanos los hicieron buenos: el bruto de Indalecio Prieto, el inútil de Alcalá-Zamora, el venenoso de Azaña, el chalado de Companys, la fiera de la Pasionaria, el animal de Largo Caballero... Tenías que ver a sus huestes desfilar por la calle puño en alto. ¡Qué rostros, qué gestos, qué gritos, qué odio...! Y los pocos que valían para algo, Ortega, Marañón y compañía, ya sabes lo que tardaron en arrepentirse.

Así que ambos republicanos, el viejo y el joven, el padre y el hijo, recibieron alborozados a los que, bajo la bandera rojigualda, llegaron para restaurar el orden. A mi amigo le tocó pasar por el Frente de Juventudes y recibir la educación del nuevo régimen. Inteligente y escéptico, leía –y sigue leyendo– todo lo que caía en sus manos,



por lo que, aunque satisfecho con la situación política, el entusiasmo le quedó lejos. Tan lejos que siempre consideró que Franco se mantuvo demasiado tiempo en el poder:

–Tendría que haber dimitido nada más ganar la guerra para dar paso a un régimen republicano serio y ordenado. Inspirado en la ideología falangista o algo similar, naturalmente, pero en manos de

civiles que fueran turnándose en el Gobierno.

Pasados los años, su prestigio personal y profesional provocaron que el gobernador civil de su provincia le ofreciera la alcaldía de su municipio, pero rechazó la oferta por no tener vocación política. El gobernador le respondió que no hacía falta mucho de eso, sino simplemente ganas de que la administración funcionara con eficacia, ante lo que alegó que prefería seguir centrado en su trabajo. Dada la insistencia del gobernador, sacó la carta que creyó definitiva:

–Además, hay otra cosa: soy republicano.

–Eso no es impedimento –contraatacó el gobernador–. Su ideología me da igual. Lo que cuenta es que un alcalde ha de ser inteligente, honrado y eficaz. Y usted lo es.

Pero no hubo manera de convencerle y siguió ejerciendo su profesión hasta que le llegó la hora de la jubilación.

Se llevó un disgusto el día de 1947 en el que la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado estableció la constitución de España nuevamente en reino, tras el paréntesis abierto en 1931, y previó que el sucesor de Franco sería propuesto por él a título de rey o de regente. Y el disgusto fue todavía mayor cuando veintidós años más tarde, en

1969, el Caudillo designó al príncipe Juan Carlos como su sucesor para cuando él faltase:

–¿Otra vez los Borbones en el trono? ¡Ganar una guerra para esto!

Siguieron pasando los años de una larga vida comenzada durante el reinado de Alfonso XIII y continuada con la República, la guerra, el franquismo y de nuevo la Monarquía. Y ahora le toca contemplar cómo los herederos ideológicos de los vencidos en 1939, rebosantes de un afán de venganza disimulado durante algunas décadas pero ahora remozado, aprovechan las corrupciones privadas de Juan Carlos I para torpedear una Monarquía que perciben como el último resto del franquismo que les queda por dinamitar.

–El español es un pueblo enfermo –lamenta mi amigo–. ¡Para una vez que tenemos un Borbón digno...! Un siglo después se repite la maldición: lo peor de España vuelven a ser los republicanos.

Y esto, precisamente esto, es lo que mi amigo el veteranísimo republicano no perdona a los republicanos Sánchez e Iglesias: que a sus noventa y nueve años le hayan convertido en un ferviente monárquico.

8

Otros tiempos

Miguel Ángel Loma para

Al hilo de la marcha voluntaria de Juan Carlos I fuera de España y el clamoroso silencio en su defensa de tantísimos que se beneficiaron con su proximidad de trato, aparece en la memoria la imagen de una vieja fotografía que recoge un episodio de nuestra historia sucedido el 15 de abril de 1931.

Sólo un día antes se había proclamado de matute la Segunda República española, cuyo desgraciado devenir pararía finalmente en trágicos sucesos para todos; y esa misma noche, Alfonso XIII (¡mal farío!) había abandonado Madrid rumbo a Cartagena para embarcar hacia Marsella. Atrás dejó casi todo, incluyendo a su esposa, la reina Victoria Eugenia, y a dos de sus hijos.

En aquellas terribles horas de popular efervescencia antimonárquica, mostrar cercanía con los reyes no era lo más prudente ni recomendable, y ante la cada vez más

amenazante situación, a la Reina solo le quedaba la opción de abandonar también cuanto antes España.

Para evitar previsibles problemas en la estación del Norte, de Madrid, el plan previsto sería desplazarse hasta el Escorial y salir en tren desde allí para llegar



finalmente a Hendaya. Pero antes la reina se despediría de un grupo de leales en el alto de Galapagar, que es el momento que recoge la histórica fotografía: la apresurada y triste despedida de una veintena de irreductibles que acompañaron hasta allí a Victoria Eugenia.

Son muy pocos, apenas veinte, y entre ellos se encuentra un joven de veintiocho años que acababa de enterrar a su padre, muerto en París hacía justo un mes. Su padre había presidido el directorio militar y civil que gobernó España durante seis años del reinado de Alfonso XIII, a quien sirvió con probada lealtad, pero de quien finalmente ni siquiera recibió el reconocimiento sentimental que merecía.

Haber visto el padecimiento de su padre enfermo durante el último año de su vida, agravado por la injusta ingratitud del monarca, sería una más de las razones que llevaron a aquel joven a concluir que la Monarquía era una «institución gloriosamente fenecida» y a acoger la llegada de la República con esperanzas de regeneración nacional.

Pese a todo, allí estaba con dos de sus hermanas junto a la Reina, en uno de los momentos más difíciles. Nobleza obliga.

Con ello daba muestras de nuevo de la elegancia de espíritu que caracterizaría su vida y con la que afrontó su muerte cinco años después ante un pelotón de fusilamiento.

El autoexilio de Juan Carlos es sin duda un acontecimiento histórico del mayor significado, propio de un país en profunda decadencia. Que se exilie el personaje que –según decían– trajo la democracia a España, y que lo acosen gentuza como el Doctor, el Coletas y los separatistas indica una putrefacción tan extendida que costará mucho salir de ella, si es que llega a ser posible.

Así que, aunque sea tardíamente, vale poner el claro algunos puntos esenciales.



1. Juan Carlos no trajo la democracia, aunque en cierto modo la presidió. La democracia, y el propio Juan Carlos, vienen del franquismo, fue organizada por Torcuato Fernández Miranda y ratificada en referéndum por la mayoría abrumadora del pueblo “de la ley a la ley”. Curiosamente, esto siempre se olvida en esta democracia de la desmemoria y el tarot (“mirar al futuro”)

2. Aquel referéndum de 1976 fue luego progresivamente traicionado, y Juan Carlos, como Suárez y demás políticos procedentes del franquismo, trataron de difuminar sus orígenes, fingiendo que Franco no había existido o que no tenía nada que ver con ellos, y otorgando desde muy pronto un plus de legitimidad a quienes querían enlazar la democracia con un Frente Popular criminal o una república caótica. El resultado fue el fortalecimiento de los separatismos, del terrorismo y de una izquierda siempre liberticida, como volvió a probar declarando la muerte de Montesquieu.

3. Juan Carlos heredó una España próspera, con excelente salud social y muy mayoritariamente olvidada de los odios asesinos de la república. De ello vivimos todavía. Pero demostró poca talla personal y política. Aceptó la creciente prepotencia del nuevo frente popular informal, aceptó la condena del franquismo por Aznar y firmó sin la menor pega la ley de memoria histórica que, precisamente, le deslegitimaba a él y a la monarquía al intentar deslegitimar el

franquismo. La realidad histórica y sus efectos no pueden cambiarse a base de invocaciones mágicas al futuro y a una democracia cada día más debilitada.

4. Al aceptar el encargo de Franco “traicionando” así a su padre, a quien políticamente no debía nada, Juan Carlos, demostró cierta talla de estadista, que fue desmintiendo con su actuación posterior al traicionar a Franco, a quien lo debía todo, incluida la monarquía y la democracia. Ni siquiera movió un músculo ante la profanación de la tumba de Franco. Tampoco lo hizo su hijo. Creer que estas cosas pasan en balde es muy erróneo. Cosas parecidas creyó también Alfonso XIII

5.- Como rey con pocos poderes, su fuerza radicaba en su ejemplaridad. Su corrupción y sus pendejadas sexuales, pronto conocidas aunque legalmente inatacables, habían de salir por fin a la luz ante todo el mundo. Y no es una cuestión ante todo judicial, sino política. La monarquía era y sigue siendo muy popular en España, y solo el propio monarca o su entorno podrían debilitarla de manera grave, abriendo paso a algo mucho peor. En España, república ha sido y sigue siendo sinónimo de caos, disgregación y tiranía.

6. Aparte su aspecto político, el personal no es menos patético, incluso trágico, por el contraste entre los ditirambos, adulaciones y la impunidad que le rodearon tanto tiempo y la humillación actual, la tortura moral a cámara lenta y a manos de una verdadera chusma político-mediática. Merece una reflexión sobre la condición humana.

10

El proyecto imperial de Montero Díaz

Fernando García de Cortazar para ABC

Si hubo una consigna que prendió con fuerza en la atmósfera de la España de la inmediata posguerra, fue la que aludía al Imperio. El Imperio frente a la decadencia, el Imperio frente a la disolución, el Imperio frente al separatismo, el Imperio frente al patriotismo burgués, el Imperio frente a la revolución marxista, el Imperio frente a la pérdida de los valores de España en el mundo, el Imperio como síntesis del poder temporal del caudillaje y la autoridad espiritual del catolicismo.

Con lamentable frecuencia, una superficial aproximación a los elementos más teatrales y retóricos de aquellas palabras alusivas a la idea imperial ha convertido la

severidad de un concepto integrador y ambicioso en una hueca gestualidad oportunamente ridiculizada. Nuestro tiempo ha hecho mucho más que huir de los peligros del radicalismo y los excesos de las religiones políticas. Ha llevado adelante una depuración insensata de todo lo que implique compromiso, ideas, convicciones y, desde luego, conciencia de la nación como espacio originario de nuestro ser social y nuestra existencia histórica.



Hubo, desde luego, exceso verbal y procacidad litúrgica en aquellos escenarios en los que se invocaba el sacrificio, el pasado de España y el orgullo, tantas veces imprudente y despiadado, de la victoria sobre otros españoles. Pero habremos de aceptar la grandeza que tuvieron aquellas llamadas de los fundadores del nacionalsindicalismo a recuperar una España imperial, a pesar de que perdieran buena parte de su dignidad en manos de quienes desmantelaron su notable impulso moral. La evocación del Imperio había sido, en los jóvenes redactores de «La conquista del Estado» una forma de asumir el conjunto de la historia

de España y una promesa de actualizarla, sacando a la patria de una postración que la había conducido a los arrabales del siglo XX. Nada había de nostalgia o anacronismo en aquella exigencia imperial. Todo lo contrario. El Imperio se proclamaba como una forma de modernización y adaptación a los tiempos nuevos. Para el grupo de Ledesma, lo viejo eran el liberalismo, las generaciones de la Restauración, las ideas del siglo XIX, incluyendo la rectificación frustrada del socialismo marxista. La afirmación de «España, sangre de Imperio», que invadía la portada de aquel semanario efímero publicado en 1931, era referencia a una continuidad de los valores espirituales que habían construido la nación española. Pero era, sobre todo, la convocatoria de la juventud a una empresa que entendiera la disciplina imperial como creación de un nuevo Estado, de una nueva economía basada en la justicia social y de una nueva moral fundamentada en la conciencia fraterna de una comunidad.

Esa idea fue elevada en su capacidad expresiva en la palabra de José Antonio Primo de Rivera, entre cuyos hallazgos fundamentales se encuentra la sustitución de las tentaciones nacionalistas por la defensa de España como unidad de destino en lo universal. Destino equivalía a empresa católica, que en tiempos de desconcierto y de riesgo de hundimiento de una cultura milenaria pretendía recuperar la hegemonía de los valores de la España eterna, de la que alcanzó su plenitud histórica en el siglo XVI.

Entre los intelectuales que definieron mejor esta idea imperial, perfectamente ajustada al carácter universal de la Guerra Civil, destaca Santiago Montero Díaz, cofundador de las JONS y, tras la contienda, uno de los historiadores de más fuste de la Universidad española. Su trayectoria manifiesta todas las contradicciones en las que se movieron tantos pensadores españoles en los años centrales del siglo XX. De su primera militancia marxista y galleguista, pasó Montero Díaz al nacionalsindicalismo, manteniendo toda su vida un emocionado recuerdo y reivindicación de Ramiro Ledesma, incluso cuando tomó partido por la oposición al franquismo en las turbulencias universitarias de los años 50, y buscó referencias políticas en movimientos de emancipación de distintas ideologías. Su intransigencia revolucionaria le había llevado a romper con las JONS cuando Ledesma aceptó la unificación con Falange. Pero regresó, estallada la Guerra Civil, a desempeñar un papel de intelectual sobresaliente en la formulación de un discurso que desarrollaba aquella idea imperial esbozada en los años fundacionales del nacionalsindicalismo.

«La primera nota constitutiva de la idea de Imperio es la de universalidad». Universalidad conseguida con el poder territorial, con el regreso de España a su condición de potencia internacional que recupera su supremacía en un área de la que había sido expulsada siglos atrás. Pero universalidad, sobre todo, de aquellos valores que permitieron a la nación superar los localismos sin despreciar su diversidad interna. Los principios que inspiraron la formación de España, rescatados por el nacionalsindicalismo, habían de ser la base de su proyección espiritual sobre Occidente. «La idea imperial se presenta como un programa de salvación». El Imperio proponía el «orden ético y religioso que lo español postulaba y encarnaba en el mundo. La unidad del género humano». Frente a los imperios comerciales inglés y americano, España proponía un nuevo Imperio de la unidad de civilización y los valores morales que el cristianismo había impreso en la historia europea.

En las condiciones de 1943, cuando pronunciaba estas palabras, Montero Díaz identificaba su propuesta con la necesidad de involucrarse en la guerra que asolaba Europa. Una deriva desastrosa hacia la Alemania nazi que hoy nos resulta el aspecto más deleznable de sus sueños. Montero Díaz pagaría aquellas afirmaciones osadas y peligrosas con su confinamiento. Como otros intelectuales críticos del nacionalsindicalismo, ni siquiera esa ortodoxia imperial halló resguardo en el régimen de la victoria. Pero, tantos años después, quizás se podrá reivindicar lo que, más allá de las circunstancias, y muy lejos de toda inocencia ante la barbarie, contiene su mensaje: la defensa de una nación como empresa y voluntad aplicada a la historia, como tradición actualizada y alforja de valores universales identificados con nuestra civilización. Esa era, en el fondo, la idea del Imperio que algunos jóvenes orteguianos lanzaron a un mundo que rompía sus costuras éticas en la gran crisis de los años treinta.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com